

Cinco lecciones que nos dejó la elección presidencial de 2026

Catalina Roa Beut, Colombia, III Edición

"La política me ha enseñado que ser tibio no conduce a ninguna parte. Tener una posición clara implica también la responsabilidad de reconocer los propios errores para corregir el rumbo."

Escribo estas líneas desde una convicción conocida: soy una mujer de derecha. También las escribo desde una experiencia que pocos tuvimos el privilegio de vivir: participar como abogada de escrutinio durante la segunda vuelta presidencial de 2026 en Colombia.

Durante años entendí la política desde las campañas. El 21 de junio la entendí desde las instituciones. Y, aunque celebré el resultado electoral, terminé llevándome aprendizajes mucho más valiosos que una victoria.

El primero es que ninguna fuerza política puede volver a dar por sentado el respaldo de los ciudadanos.

Cuando Gustavo Petro ganó la Presidencia en 2022, muchos en la derecha entendimos que el país estaba enviando un mensaje, Colombia reclamaba respuestas frente a profundas causas sociales que durante años no fueron suficientemente escuchadas; no bastaba con hablar de crecimiento económico o seguridad; era necesario comprender las nuevas demandas de millones de ciudadanos.

Cuatro años después llegó un outsider con una campaña muy fuerte en redes sociales, para leer que Colombia esta divida y lo demostró una estrecha diferencia de 251.854, lo más revelador es que ambas fuerzas políticas aumentaron su base electoral y disminuyó el abstencionismo Para que la derecha recuperara la Presidencia no bastó con conservar sus votantes tradicionales; fue necesario movilizar a ese amplio sector que históricamente no vota y que esta vez decidió salir a las urnas porque sintió que el futuro del país estaba en riesgo. La política tiene una enorme capacidad de enseñar humildad: quien deja de escuchar a la ciudadanía termina perdiendo su confianza.

La segunda lección es que la democracia no termina cuando se cierran las urnas.

Llegué a Plaza Mayor como abogada de escrutinio de Defensores de la Patria. Al iniciar la jornada había, aproximadamente, dos abogados del equipo de Cepeda por cada abogado de nuestro equipo. Bastaron algunas llamadas para que, en cuestión de minutos, decenas de colegas llegaran a acompañar el proceso, pronto cada mesa contaba con representación de

ambos sectores políticos y, cuando surgía alguna reclamación, alrededor de ella se reunían abogados, testigos y veedores de todas las posiciones.

Aquella escena me dejó una certeza: la democracia también se defiende en silencio, revisando formularios, estudiando normas, resolviendo reclamaciones y garantizando que cada voto sea respetado. No basta con votar; también hay que cuidar el voto.

La tercera lección fue quizá la autocrítica más importante para quienes hacemos política desde la derecha.

Durante años pensamos que las elecciones se ganaban únicamente con el mismo discurso en plaza pública. Descubrimos que también se ganan estudiando, organizándose y preparándose.

La izquierda llevaba años sembrando su ideología, para estas elecciones formaron testigos electorales, abogados especializados con conocimiento del escrutinio. Esa disciplina fue evidente durante todo el proceso. Para muchos de nosotros fue un llamado de atención: defender la democracia exige preparación permanente. No basta con tener la razón si no se construyen instituciones políticas capaces de proteger cada voto dentro de las reglas del Estado de derecho.

La cuarta lección fue una reivindicación de nuestras instituciones.

Confieso que, como muchos colombianos, tenía preocupación sobre lo que ocurriría durante el escrutinio, el ambiente político era tenso y existía el temor de que el resultado fuera desconocido. Sin embargo, eso no ocurrió.

Cada campaña desplegó sus estrategias jurídicas dentro de los mecanismos previstos por la ley. Mientras nuestro equipo privilegiaba preservar el resultado expresado por los jurados salvo que existiera una causal legal para modificarlo, el equipo de Cepeda presentaba reclamaciones. Esa es precisamente la esencia del escrutinio: permitir que existan controles institucionales antes de declarar oficialmente una elección.

El resultado terminó fortaleciendo la confianza ciudadana, la Registraduría Nacional informo que el escrutinio aumentó en apenas 1.024 votos la diferencia registrada en el preconteo, una variación mínima frente a más de 26 millones de sufragantes y una coincidencia cercana al 99,997 %. Quienes teníamos el temor de que el resultado no fuera respetado vimos cómo la alternancia democrática fue aceptada dentro de los cauces institucionales. Esa quizá sea una de las mayores fortalezas que dejó esta elección: la legalidad prevaleció sobre la confrontación política.

La quinta lección es quizá la más importante de todas.

La diferencia entre los dos candidatos fue estrecha. Eso significa que Colombia no quedó dividida entre vencedores y vencidos; quedó llamada a encontrarse nuevamente. El presidente Abelardo de la Espriella lo expresó la noche de su victoria: no existen dos Colombias, existe una

sola nación con visiones distintas sobre cómo debe administrarse el Estado. Esa diferencia merece ser debatida con firmeza, pero también con respeto por las reglas democráticas.



**Fortalecimiento
Público**



Como mujer, abogada y como alguien que cree profundamente en las instituciones, terminé convencida de que el mayor triunfo del 2026 fue el de una democracia que soportó una sociedad polarizada, una campaña intensa y un escrutinio exhaustivo, conservando el Estado de derecho. El aprendizaje que Colombia no debería olvidar es que ninguna causa política está por encima de las instituciones.